

RESIDENT EVIL

VOLUMEN 5

NÉMESIS



S.D.PERRY BASADO EN EL
VIDEOJUEGO DE CAPCOM

minotauro games

RESIDENT EVIL

V O L U M E N 5

Némesis

S. D. PERRY

minotauro games

Título original: *Nemesis*

Traducción: © Juan Pascual Martínez

© Capcom. All rights reserved

CAPCOM y RESIDENT EVIL son marcas registradas de Capcom CO., Ltd.

© Editorial Planeta, S. A., 2013
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0663-4
Depósito legal: B. 14.461-2019
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Jill no corría con la suficiente rapidez en ese sueño. Era el mismo sueño que había padecido cada pocos días desde la misión en la que casi habían acabado muertos aquella terrible e interminable noche de julio. En aquellos momentos, tan sólo unos cuantos ciudadanos de Raccoon City habían sido afectados por el secreto de Umbrella, y la organización de los STARS no estaba corrompida por completo, cuando todavía era lo bastante ingenua como para pensar que la gente creería lo que les había ocurrido.

En el sueño, ella y los demás supervivientes, Chris, Barry y Rebecca, esperaban con ansiedad que los rescataran en la plataforma del helipuerto del laboratorio oculto. Todos estaban agotados, heridos, y sabían muy bien que los edificios que los rodeaban, al igual que las instalaciones bajo sus pies, estaban a punto de estallar en mil pedazos por un mecanismo de autodestrucción. Estaba amaneciendo y la suave luz del sol les llegaba a través de los troncos de los árboles que rodeaban la mansión Spencer. La quietud sólo la rompió el deseado sonido del helicóptero que se acercaba. Habían muerto seis miembros de la Escuadra de Tácticas Especiales y Rescates a manos de las criaturas humanas e inhumanas que acechaban por todo el lugar, y si Brad no conseguía llegar con el helicóptero, en muy poco tiempo, no quedaría ningún superviviente. El laboratorio iba a saltar por los aires, destruyendo de esta

manera todas las pruebas de la fuga de virus T y matándolos a ellos de paso.

Chris y Barry agitaron los brazos para indicarle a Brad que tenía que darse prisa. Jill le echó un vistazo al reloj, algo aturrida todavía. Su mente intentaba captar todo lo que había ocurrido, intentaba comprenderlo. La empresa farmacéutica Umbrella, el mayor contribuyente a la prosperidad de Raccoon City y una de las mayores compañías dentro del mundo empresarial, había creado en secreto una serie de monstruos en el campo de la investigación de armas biológicas, y al jugar con fuego, se habían quemado gravemente.

Eso no importaba en aquellos momentos: lo único que importaba era salir pitando de allí...

Y quedaban tres minutos, cuatro como mucho...

¡BUMMMM!

Jill se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo unos cuantos trozos de cemento y de placas de alquitrán de gran tamaño salían despedidos hacia el cielo para luego caer sobre la esquina noroccidental de la plataforma de aterrizaje. Una garra gigantesca surgió del agujero, se dobló sobre el borde irregular, y un tremendo monstruo de color pálido, el mismo que ella y Barry habían intentado matar en el laboratorio, el Tirano, se subió de un salto al helipuerto. Se alzó con agilidad de su posición agachada después de saltar, y se dirigió hacia ellos.

Era una abominación de al menos dos metros y medio, que quizá antaño había sido un ser humano, pero que, sin duda, ya no lo era en absoluto. Su mano derecha tenía un aspecto «normal». La izquierda, en cambio, se había convertido en una masa quitinosa llena de garras. Le habían alterado el rostro de forma horrible; con los dos labios cortados para que pareciera sonreír desde una masa de carne de un intenso color rojo. Su cuerpo desnudo carecía de señal alguna de sexo. El tumor grueso y ensangrentado que hacía las veces de corazón le latía con un palpitar húmedo fuera del pecho.

Chris apuntó con su Beretta contra el palpitante músculo y disparó cinco proyectiles de nueve milímetros que atravesaron

aquella carne antinatural; el Tirano ni siquiera redujo el ritmo de avance. Barry les gritó que se dispersasen, y comenzaron a correr. Jill tiró de Rebecca para alejarla de allí mientras los estampidos rugientes de la 357 de Barry resonaban a su espalda. El helicóptero daba vueltas por encima de ellos mientras Jill casi podía sentir en su cuerpo cómo los segundos iban pasando y creyó percibir cómo la explosión iba tomando fuerza para estallar.

Rebecca y ella sacaron sus armas y comenzaron a disparar. Jill continuó apretando el gatillo incluso cuando vio que la criatura derribaba a Barry de un tremendo golpe, metió un cargador justo cuando el Tirano se abalanzó sobre Chris. Disparó y gritó mientras un terror cada vez mayor se apoderaba de ella. ¿Por qué no se moría?

Le llegó un grito desde arriba y algo cayó desde el helicóptero. Chris corrió hacia el arma, y Jill no vio nada más, nada aparte del Tirano cuando éste centró su atención en Rebeca y en ella, sin prestar atención a los disparos que continuaban abriéndole agujeros sangrantes por todo su extraño cuerpo. Jill dio media vuelta y echó a correr. Vio que la chica hacía lo mismo, y supo que el monstruo la estaba persiguiendo, que el rostro de Jill Valentine estaba grabado en su cerebro reptilesco.

Jill corrió y corrió, y de repente se dio cuenta de que ya no había ni helipuerto ni una mansión medio en ruinas, tan sólo un millón de árboles y aquellos sonidos: sus botas golpeando el suelo de tierra, el palpitar de la sangre en los oídos, la respiración jadeante. El monstruo la perseguía en silencio, una fuerza muda y terrible, incansable e implacable, tan inevitable como la misma muerte.

Estaban muertos, Chris y Barry, Rebecca, incluso Brad. Lo sabía, todos menos ella; y mientras corría, vio que la sombra del Tirano la adelantaba, cubriendo y borrando su propia sombra, y oyó el siseo de sus garras monstruosas cortando el aire; le atravesaron el cuerpo, la mataron, no...

No...

—¡No!

Jill abrió los ojos con la palabra todavía saliendo de sus la-

bios, el único sonido en el silencio de su dormitorio. No fue el aullido que se había imaginado, sino el grito débil de una mujer condenada, atrapada en una pesadilla de la que no podía escapar.

¿Que es lo que soy? Después de todo, ninguno de nosotros huyó con la rapidez suficiente.

Se quedó quieta durante unos momentos, respirando profundamente, y alejó la mano de la Beretta cargada que tenía debajo de la almohada. Se había convertido en un acto reflejo, y no lamentaba en absoluto haberlo adquirido.

—Pero no sirve contra las pesadillas —murmuró, mientras se sentaba en la cama.

Llevaba hablando consigo misma desde hacía días. A veces creía que era lo único que la mantenía cuerda. Una luz gris entraba por las rendijas de las persianas, provocando una leve penumbra en la habitación. El reloj digital de la mesita de noche seguía funcionando. Supuso que debería estar contenta porque hubiera electricidad, pero era más tarde de lo que esperaba: casi las tres de la tarde. Había dormido cerca de seis horas, el máximo que había logrado en los tres días anteriores. Teniendo en cuenta lo que estaba ocurriendo en el exterior, no pudo evitar un sentimiento de culpa. Debería estar allí fuera, debería estar haciendo algo más para salvar a aquellos que todavía podían salvarse.

Déjalo ya. Sabes la verdad: no podrás ayudar a nadie si te desmayas. Y la gente a la que ayudaste...

No podía pensar en eso, todavía no. Cuando logró llegar por fin a las afueras aquella mañana, después de casi cuarenta y ocho horas seguidas «ayudando», estuvo a punto de derrumbarse, obligada a aceptar y enfrentarse a la realidad de lo que había ocurrido en Raccoon City: la ciudad estaba perdida sin remedio a causa de los efectos del virus T o de una de sus variantes.

Como los investigadores de la mansión. Como el Tirano.

Jill cerró los ojos pensando en su pesadilla recurrente, en lo que quería decir. Coincidió a la perfección con la serie de hechos que habían ocurrido, excepto por el final: Brad Vic-

kers, el piloto Alfa de los STARS, había tirado algo del helicóptero, un lanzagranadas, y Chris había destrozado en mil pedazos al monstruo mientras la perseguía. Todos habían logrado escapar a tiempo, pero en cierto modo, eso no importaba. Para lo que habían conseguido desde entonces, lo mismo podían haber muerto.

No es culpa nuestra —pensó Jill con furia, dándose cuenta de que quería creérselo más que nada en el mundo—. *Nadie nos escuchó. Ni en la oficina central, ni el jefe de policía Irons ni la prensa. Si nos hubieran escuchado, si nos hubieran creído...*

Era extraño que hubiese ocurrido tan sólo seis semanas atrás; a ella le parecía que habían pasado años. La policía y la prensa local se lo habían pasado en grande destrozando la reputación de los STARS: seis muertos en total, y los supervivientes no hacían más que contar historias de terror sobre un laboratorio secreto repleto de monstruos y zombis, además de una conspiración de la empresa Umbrella. Se los había retirado del servicio y se los había ridiculizado. Sin embargo, lo peor de todo es que no hicieron nada para impedir que el virus se extendiera. A ella y a los demás tan sólo les quedó la esperanza de que la destrucción del lugar contaminado hubiese acabado con esa posibilidad.

Habían ocurrido muchas cosas en las semanas siguientes. Habían descubierto la verdad sobre los STARS: que Umbrella, en realidad, White Umbrella, la división encargada de la investigación sobre armas biológicas, estaba sobornando o chantajeando a miembros clave a escala nacional para lograr que sus investigaciones no se vieran obstaculizadas. Se habían enterado de que muchos de los concejales del Ayuntamiento de Raccoon City estaban a sueldo de Umbrella, y que lo más probable era que la compañía dispusiese de más instalaciones de investigación dedicadas a experimentar con enfermedades creadas por ellos mismos. Su búsqueda de información sobre Trent, el desconocido que se había puesto en contacto con ellos justo antes de la desastrosa misión proclamándose «amigo de los STARS», no les había proporcionado nada concreto, pero sí habían descubierto unos cuantos detalles

muy interesantes sobre la vida pasada del jefe de policía Irons. Al parecer, lo habían acusado de violación, y Umbrella lo sabía, pero lo habían ayudado a conseguir el puesto a pesar de todo. Quizá lo más difícil había sido verse obligados a separarse, a tomar decisiones muy duras sobre lo que tenía que hacerse y sobre sus propias responsabilidades hacia la verdad.

Jill sonrió un poco. De lo que sí podía sentirse tranquila al menos era de que sus amigos habían conseguido salir sanos y salvos. Rebecca se había unido a otro pequeño grupo de STARS rebeldes que estaban comprobando los rumores sobre la existencia de otro laboratorio de Umbrella. Brad Vickers, fiel a su naturaleza cobarde, había salido de la ciudad para evitar la ira de Umbrella. Chris Redfield ya estaba en Europa, investigando la sede central de la compañía y a la espera de que el equipo de Barry Burton y Rebecca se unieran a él, y también de Jill, que iba a finalizar su registro de las oficinas locales de Umbrella antes de reunirse con ellos.

Pero había ocurrido algo horrible en Raccoon City cinco días antes. Todavía estaba ocurriendo, desplegándose como una especie de flor venenosa que salía de su capullo, y la única esperanza que le quedaba es que alguien de fuera se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Cuando se informó sobre los primeros casos, nadie los relacionó con lo que habían contado los STARS sobre la mansión Spencer. Habían atacado a muchas personas al final de la primavera y al comienzo del verano. Dijeron que sin duda se trataba de los actos de un asesino enloquecido; que la policía de Raccoon City lo atraparía en muy poco tiempo. La gente no empezó a prestar atención de verdad a todo el asunto hasta que, tres días antes, el departamento de policía instaló controles de carretera en todas las salidas cumpliendo las órdenes de Umbrella. Jill no tenía ni idea de cómo lograban mantener a la gente fuera de la ciudad, pero lo hacían: no entraba ninguna clase de mercancía, ni servicio de correo, y las líneas telefónicas estaban cortadas. Los ciudadanos que intentaban salir eran obligados a volver sobre sus pasos sin que les dieran ninguna explicación.

Todo parecía muy irreal en aquellos momentos, aquellas primeras horas después de que Jill se enterara de los ataques, de los controles de carreteras. Había ido directamente a la comisaría de policía para ver al jefe Irons, pero éste se había negado a hablar con ella. Jill sabía que quizá algunos policías harían caso de lo que decía, que no todos estaban tan corrompidos o tan ciegos como Irons. Sin embargo, incluso a pesar de lo extraños que eran los ataques que habían presenciado, no se habían mostrado dispuestos a aceptar la verdad. ¿Quién podía culparlos?

—Oigan esto, agentes: Umbrella, la compañía que ha hecho prosperar nuestra pequeña ciudad, ha experimentado con un virus creado en sus laboratorios en nuestra propia vecindad. Han desarrollado y criado criaturas antinaturales en sus laboratorios secretos y después les han inyectado algo que las convierte en seres increíblemente fuertes y extremadamente violentos. Cuando los humanos se ven afectados por esa sustancia, se transforman en zombis, a falta de una palabra mejor. Devoradores de carne humana, idiotas que se caen podridos a pedazos, que no sienten dolor mientras van a la caza de carne humana para devorarla. No están realmente muertos, pero sí bastante cerca de estarlo, de modo que será mejor que trabajemos juntos, ¿de acuerdo? Vamos a salir ahí afuera, a la calle, a acribillar a ciudadanos desarmados, a vuestros amigos y a vuestros vecinos, porque si no lo hacemos, a lo mejor sois los siguientes.

Jill suspiró, sentada sobre la cama. Había hablado con un poco más de diplomacia, pero no importaba lo bien que lo contaras o el cuidado que pusieras en hacerlo; seguía siendo una locura. Por supuesto, no la habían creído, no a plena luz del día y con la sensación de seguridad que les proporcionaban sus uniformes. No fue hasta que cayó la noche, cuando comenzaron los gritos.

Había ocurrido el veinticinco de septiembre, y ya era día veintiocho. Seguramente todos los policías estaban muertos. Había oído los últimos disparos; ¿el día anterior?, ¿la noche anterior? Supuso que podría tratarse de los saqueadores su-

pervivientes, pero ya no importaba. Raccoon City estaba muerta por completo a excepción de los portadores de virus que seguían rondando por las calles en busca de comida.

Los días habían pasado como un borrón difuso debido a la falta de sueño y al constante bombeo de adrenalina en la sangre. Jill se había pasado todo el tiempo buscando supervivientes después de que la fuerza de policía quedara destruida por completo. Fueron horas interminables agazapada en los callejones, de llamadas a las puertas, de registro de los edificios buscando a los que habían logrado esconderse. Había encontrado a decenas de personas, y con un poco de ayuda de algunos de ellos habían conseguido llegar hasta un lugar seguro, un instituto donde bloquearon con barricadas todos los accesos. Jill se había asegurado de que estuvieran a salvo antes de regresar a la ciudad para seguir buscando a otros.

No había encontrado a nadie más, y aquella misma mañana, cuando había regresado al instituto...

No quería pensar en ello, pero sabía que tenía que hacerlo, que no podía permitirse olvidar algo así. Aquella mañana había regresado para descubrir que la barricada ya no estaba. Quizá destrozada por los zombis, o quizá derribada por alguien de dentro, alguien que había mirado afuera y que había visto a un hermano, o a un tío, o a una hija entre la multitud de devoradores de carne humana. Alguien que pensaba que estaba salvando la vida de un ser amado, sin darse cuenta de que ya era demasiado tarde para eso.

El instituto se había convertido en un matadero. El aire apestaba con el hedor a mierda y a vómito, y las paredes habían acabado decoradas con grandes manchas y chorreones de sangre. Jill casi abandonó en ese momento, más cansada de lo que jamás se había sentido, incapaz de ver otra cosa que no fueran los cuerpos de aquellos que habían tenido la suerte de morir antes de que el virus se extendiera por todo su organismo. Todas las esperanzas que guardaba desaparecieron mientras recorría los pasillos casi vacíos y mataba a los portadores de virus que todavía rondaban por el lugar. Era gente que ella había encontrado, gente que había llorado de alivio

cuando ella llegó pocas horas antes. Perdió la esperanza al mismo tiempo que se dio cuenta de que todo por lo que había pasado no había servido para nada. Saber la verdad sobre Umbrella no había salvado a nadie, y los ciudadanos que pensaron que los llevaba a un sitio seguro, más de setenta hombres, mujeres y niños, ya no existían.

No pudo recordar cómo consiguió regresar a la casa. No fue capaz de pensar con coherencia, y apenas había logrado ver con unos ojos tan hinchados y llenos de lágrimas. Aparte de cómo le había afectado a ella, miles de personas habían muerto. Se trataba de una tragedia tan enorme que era casi incomprensible.

Pudo haberse impedido. Y todo era culpa de Umbrella.

Jill sacó la Beretta de debajo de la cama y se permitió por primera vez darse cuenta de las dimensiones de lo que había provocado Umbrella. Había contenido sus emociones a lo largo de los días anteriores: había gente que necesitaba ayuda, a la que había que dirigir, y no había lugar para los sentimientos personales.

Sin embargo, en ese momento...

Estaba lista para salir de Raccoon City y hacer que los cabrones que habían permitido aquel horror supieran cómo se sentía. Le habían robado toda esperanza, pero no le podían impedir que sobreviviera.

Jill comprobó que hubiera una bala en la recámara y apretó los dientes mientras sentía crecer un tremendo odio en su interior. Había llegado el momento de marcharse.